

## UN PAR DE SANDALIAS

Nery Alexis Gaitán\*

Yo vendía rosquillas, semitas, batidas y empanadas que mi mamá horneaba. El día que más vendía eran los sábados porque los mozos recibían la paga por su trabajo en el campo. Yo regresaba muy alegre a la casa al haber vendido todo el pan y mi mamá esperaba el dinero que tanta falta le hacía, ya que con él suplía parte de nuestras necesidades; nosotros éramos cuatro hermanos y yo era la mayor. Me sentía bien porque, además de vender el pan, le ayudaba a hornearlo; limpiaba y encendía el horno, lavaba los cazos y luego los sacaba del horno ya cuando el pan estaba listo. Más tarde, andaba por las calles ofreciendo el “rico pan de casa” como le decía a la gente para que me comprara. Además de ir a vender el pan ayudaba con los oficios de la casa porque mi mamá siempre estaba ocupada trabajando. A veces hacía la comida y cambiaba a mis hermanos que siempre andaban corriendo por todos lados. Debo decir que vendía el pan por las tardes, y a veces me acompañaba una hermanita, pero se cansaba pronto y tenía que ir más despacio. Los días que eran muy soleados, a cada rato ella se refugiaba en cualquier lugar donde había sombra, y no quería seguir vendiendo conmigo. Me costaba contentarla para que continuáramos, pero ella tenía razón para no querer seguir, la verdad es que el sol le quemaba bastante su piel, que era muy sensible, y lloraba mucho pidiendo que volviéramos a casa donde había sombra. A mí el sol también me quemaba bastante y me tostaba la piel; y el sudor, mezclado con el polvo, nos desesperaba. ¡Qué amargo era en ese entonces vender un pan dulce!

Por las mañanas iba a la escuela. Para que el tiempo me ajustara me levantaba muy temprano, de madrugada, así podía ir al molino a moler maíz y luego regresaba a hacer tortillas que mi mamá vendía por encargo. A veces a mí me tocaba dejar hecho el desayuno de mis hermanos para que mi mamá no se atrasara, ya que también costuraba desde la mañanita. Yo trataba de hacer las cosas

\* Escritor de Honduras nacido en Danlí.

rápido para cambiarme y ponerme la única falda azul y la única camisa blanca que tenía; ese era el uniforme.

Salía de casa cuando empezaba a clarear el día, caminar hasta la escuela me tomaba unos treinta minutos. El amanecer pintaba la naturaleza de felicidad y mis pasos despreocupados me acercaban a mi escuelita donde aprendí las primeras letras. Mis pies descalzos sabían de memoria el camino y embelesada por el paisaje ni cuenta me daba por dónde caminaba. Pensaba que de pronto en cada vuelta encontraría hadas, ángeles, gnomos o príncipes que andaban al rescate de alguna princesa y que pedirían mi ayuda. ¡Cómo volaba mi imaginación en esas caminatas bañadas de inocencia; la alegría se desbordaba en mi corazón de niña feliz! Solo había algo que me faltaba, aunque nunca había tenido: zapatos. Mis pies jamás habían sabido lo que era usarlos. Caminar sin temor a las piedras era mi deseo de siempre. Aunque mis pies se habían vuelto callosos por tanto golpe, me dolían cada vez que me lastimaba. Como la pobreza de mi mamá era tanta que no podía comprarnos zapatos, a veces pensaba que nunca me iba a calzar en la vida. Y miraba con lástima mis pobres piecitos desnudos. Pero un día se me ocurrió pedirle a mi compañera Julia, con la cual coincidíamos a mitad de camino, que me dejara usar por un rato sus sandalias. Hay que aclarar que Julia era de las pocas compañeras que llegaba calzada a la escuela (ahora me doy cuenta que “calzada” no era un término del todo cierto, porque solo usaba sandalias de hule; y es que los verdaderos zapatos eran escasos, es decir, no eran de uso común entre los escolares), y por eso se sentía orgullosa y me miraba con desprecio, porque yo era como a ella le gustaba decirme “una chapina”, o sea sin zapatos y con los pies deformados por los callos. Recuerdo muy bien el día que empezó nuestro trato.

—Julia, por favor dejame caminar con tus sandalias un rato —le pedí muy inocentemente. Ella me miró con cara de pocos amigos y me respondió:

—¡Mis sandalias no se las presto a nadie! ¿Qué querés, que se me pongan los pies feos como a vos? —y quedó viendo mis pies con la superioridad que le daban las sandalias. Yo insistí porque la tentación de sentir abrigo en mis pies huérfanos, me agobiaba como una sed que nunca había podido saciar.

—¡Prestámelas, aunque sea un poquito! —le rogué con ansiedad; y luego le supliqué más. Ella, quizás sintiéndose hostigada por mis ruegos, finalmente me propuso:

—Si te las presto, me tenés que hacer las tareas.

Al oír que estaba aceptando, sentí que un mundo de alegría giraba en mi corazón y la abracé muy fuerte. Julia dio un paso atrás y agregó:

—También me tenés que cargar, porque yo no voy a caminar descalza —sentenció. A mí no me importó tener que llevarla a tuto como decíamos. Solo pensaba en la delicia que sería usar las sandalias y con gusto acepté sus condi-

ciones. Cuando las sentí en mis pies, saboreé por primera vez la satisfacción de poder caminar sin miedo a golpearme; me sentí tan segura que sin darme cuenta comencé a llorar. Julia me apresuró para que la cargara y así lo hice. En esa mañana inolvidable caminé llevando, no sólo a Julia sobre mi espalda, sino también toda la alegría que la vida puede ofrecer.

Desde ese día esperaba a la dueña de las sandalias para cargarla y así poder caminar, aunque fuera un trecho corto, “calzada”. No me importaba que el resto del tiempo anduviera descalza; la satisfacción que sentía al recordar los pasos que daba con mis pies protegidos, me ayudaba a soportar los sinsabores de mi pobreza. Hacerle las tareas a Julia, y cargarla, llegó a formar parte de mi rutina, así como vender pan. Pero, como ya se sabe, nada en la vida es para siempre, mi alegría mañanera empezó a llegar a su fin. A Julia ya no le gustaba que la cargara y mucho antes de llegar a la escuela me decía:

—Bajame y dame mis sandalias, no quiero que los compañeros nos miren. Me daría pena que vieran que una “chapina” como vos me viene cargando.

Yo le rogaba para que se dejara cargar un poquito más, a veces aceptaba y a veces no, y ahí la tenía que bajar inmediatamente con el angustioso resultado que mis pies volvían a su orfandad habitual. Y, como todos los días, llegábamos a la escuela, yo descalza, y ella caminando feliz con sus sandalias. Pero, como dije, esta alegría mañanera llegó a su final de la forma más imprevista. Resulta que mi mamá tuvo que salir temprano de casa a dejar unas costuras que había hecho y me encontró cargando a Julia. Sorprendida, y al mismo tiempo enojada, me preguntó:

—¿Por qué estás cargando a esa cipota? —en ese momento Julia, asustada, se bajó rápido de mi espalda, me arrebató sus sandalias y se fue corriendo.

Yo me sentí desamparada, y miré mis pies descalzos con vergüenza, como si hubiera cometido un delito. En mi tribulación opté por la verdad y le contesté:

—¡Es que yo la cargo para que me preste sus sandalias! —mi madre se me acercó, y como algunas veces hacía, levantó la mano para golpearme, pero lo que hizo fue abrazarme fuertemente. Así estuvimos un largo rato, yo no sabía qué pensar y en ese momento no entendí la razón de sus lágrimas. Cuando me soltó, me di cuenta que la culpa que sentía se me había disipado, y con una ternura inusual en ella, dijo:

—¡Yo le voy a comprar un par de sandalias para que no cargue más a esa niña! —sus palabras me causaron la alegría más grande que tuve en mi niñez; imaginarme calzada me conmovió el corazón. Recuerdo que entré cantando a la escuela como si mis pies ya disfrutaran las sandalias.

Pero los días pasaban y mi mamá no me compraba las sandalias. Al reclamárselas, al principio se enojaba y me decía que no molestara. Ante mi insistencia no le quedó más que admitir que no tenía dinero y que no sabía si algún día

me las compraría. Lloré mucho, tanto, que no tengo el registro en mi memoria de cuándo paré de llorar. Lloraba al ir a vender pan, lloraba al ir a la escuela y lloraba en las noches...

Pero en todo siempre hay un rayo de esperanza. Julia llegó a la escuela con zapatos nuevos, verdaderos zapatos, cerrados, que le cubrían los pies. Lo primero que se me ocurrió fue que me regalaría las sandalias. “Andá por ellas a la casa si las querés, yo no te las voy a traer aquí”, fueron sus palabras, que para mí sonaron como las más dulces y generosas que le había escuchado. En cuanto llegué a casa le dije a mi mamá que Julia me iba a regalar sus sandalias porque tenía nuevos zapatos. De lo emocionada que estaba no me di cuenta de la tristeza de mi madre. “Mejor no debería ir”, me dijo. Yo no entendí razones y salí corriendo hacia la casa de Julia que quedaba un poco retirada. Al llegar, miré a sus papás que estaban en el corredor, los saludé y pregunté por mi amiga.

—¿Qué querés con ella? —me preguntó el papá con cara de amargura.

—¡Es que vengo por unas sandalias que me va a regalar! —le contesté emocionada.

—¡Julia, vení para acá! —la llamó a gritos. Cuando ella apareció traía las sandalias en sus manos—. ¿Es cierto que vas a regalar las sandalias? —le preguntó airado.

—¡Es mentira, yo no tengo por qué regalar mis sandalias! ¡Esta es una “chapina” igualada que quiere andar calzada y no tiene ni para comer! —dijo, riéndose a carcajadas y enseñándome burlonamente las sandalias.

—¡Váyase, aquí nadie le va a dar nada, hija! —la apoyó el papá sin poder contener la risa. La mamá, que hasta el momento había estado callada, también se puso a reír, diciéndome: “Mejor andate para tu casa o a vender pan, jajajaja”. Los tres se burlaban y señalaban mis pies descalzos...

Me sentí apenada y unos deseos de llorar, incontenibles, se apoderaron de mí. Sin saber cómo, di media vuelta y salí corriendo; sus risas me persiguieron hasta que llegué a casa. Al verme, mi mamá corrió a abrazarme y no dijo nada, sólo me sostuvo entre sus brazos. Lloramos las dos por la pobreza que sufríamos... Pero la vida es maravillosa, hubo un tiempo cuando pude comprar verdaderos zapatos, y darle a mi madre el bienestar que ella se merecía.